

DEL TIEMPO VIEJO

# Los amores de un arzobispo

Ermilo Abreu Gómez



Para la Semana Santa del año de 1890, la ciudad de Mérida, con devoción beata e ingenua cerraba sus puertas y encendía la lámpara de sus lamentaciones. La quietud provinciana se hacía más honda y más grave; los sermones católicos insuflaban piedad en los corazones, y los viejos "liberales", en los mentideros —el propio atrio de Catedral y en la "Plaza Grande", apoyados en sus bastones, o acariciando sus barbillas un poco a lo "Miramón", gruñían cosas lamentables contra el clero, contra el don Porfirio complaciente y las andanzas del general Bravo por los campos rojos de Chan Santa Cruz...

El prestigio del clero inteligente ponía quejumbre en la rabia jacobina de los que aplaudieron cuando la muerte del Emperador.

—Son invencibles estos hombres de enaguas negras —decía, con la voz un poco hueca, aquel inolvidable don Antonio Cisneros Cámara.

—Y lo malo está —comentaba con una ligera sonrisa de burla el autor de *La mestiza*—, lo malo está que los capitanea un verdadero capitán.

Se refería al Ilustrísimo Obispo don Crescencio Carrillo y Ancona, docto entre los doctos, conecedor de los misterios de la historia yucateca, atildado escritor de costumbres, orador de fuego y de dialéctica, charla-dor como buen fraile de letras, y al mismo tiempo taciturno y burlesco como representante genuino de la clase india.

La charla quedó interrumpida por breve espacio al descender de una calesa, una grande dama toda vestida de negro, de semblante triste, agobiado por honda y oculta melancolía de amor. Tenía la dama unos 50 años, pero dejaba ver, al través de su cansancio, el brillo de



unos ojos que fueron asombro en sus mocedades. Los ademanes eran leves y graciosos. Descendió de la calesa, y mientras se arreglaba la mantilla entró por la puerta principal de Catedral.

Eran las doce del día del Viernes Santo.

Predicaba las Siete Palabras el grande obispo Carrillo y Ancona.

—¿Quién es esa señora? —inquirió don Manuel Sales Cepeda, que acababa de llegar y se juntaba al grupo.

Y don Eligio Ancona, como el más versado en achaques de mundo, casi a media voz, dijo:

—Es doña Isabel de Mendieta.

—¡La dama de la Emperatriz Carlota! —exclamó don Antonio Cisneros Cámara.

—Todavía es guapa —comentó don Fabián.

Aquellos hombres incrédulos, paladines de las ideas avanzadas, que en los diarios de la época ponían la furia de su jacobinismo, levantáronse en silencio, se quitaron los sombreros y con verdadera religiosidad, con verdadero respeto entraron también a la Catedral. Se acercaron lo más que pudieron al púlpito.

La voz del obispo Carrillo, recia y como empapada de miel, tenía el encanto de la convicción del hombre que pone su corazón y su cerebro al servicio de una grande idea y de un gran sentimiento.

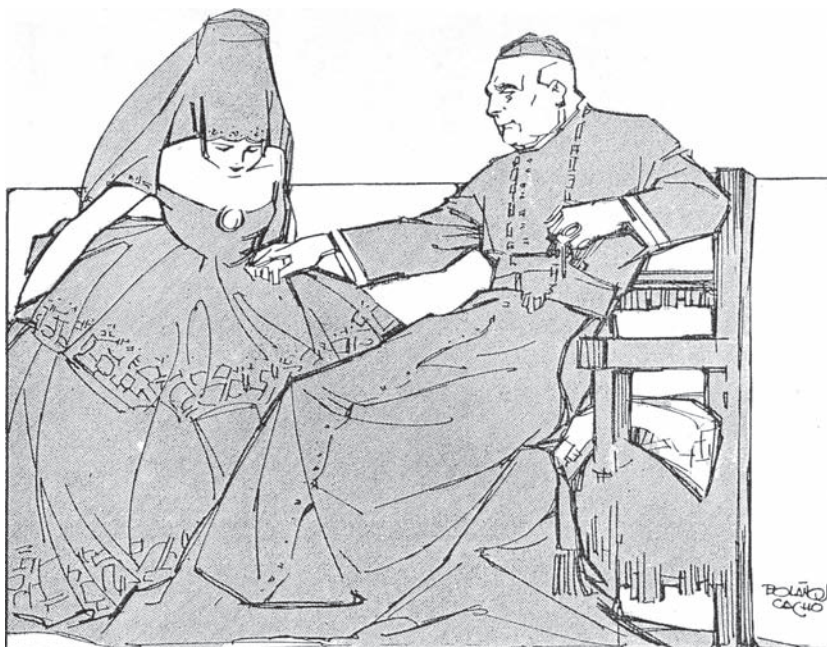
Las frases del orador eran escuchadas con santa atención. Las figuras escultóricas, plenas de savia y las citas de historia parecían nacer dentro del calor del discurso. El auditorio oía enmudecido.

De pronto el obispo fijó sus ojos en una dama que, de rodillas, escuchaba atenta la divina palabra.

El Obispo tuvo un momento de perturbación. Se llevó las manos a la frente, como para alejar un pensamiento doloroso, y con un tartamudeo perceptible invocó la ayuda del Señor...

Los fieles postráronse de hinojos y acompañaron al Obispo en una invocación.

No volvió a bajar la vista el Obispo. Levantado el rostro, encendido por extraña lumbre que le subía del corazón, dijo las postreras palabras



de Jesús con acento demasiado humano y demasiado sentido para ser litúrgico.

Don Eligio Ancona dijo algunas palabras al oído de don Antonio Cisneros Cámara y éste se atrevió a decir:

—¿Pero es verdad lo que usted me dice?

—Allá afuera les contaré —respondió don Eligio.

Una vez en el atrio de la Catedral, don Eligio, que iba en medio de sus amigos, habló de esta manera:

—He presenciado una tragedia de amor.

—¿De amor? —preguntaron todos a la vez.

—¡Y de amor hondo, verdadero, amor de santos! Les contaré. Estudiaba don Crescencio humanidades y teología. Hombre de imaginación y de sentimiento, un día conoció a la que fuera dama principal en la Corte de la Emperatriz Carlota: doña Isabel de Mendieta. El amor del indio fue violento, y al mismo tiempo suficientemente noble para callarlo, para ocultarlo. Pero lo que los labios

no dijeron no pudieron desvanecerlo los ojos. Doña Isabel, con esa intuición que tienen las mujeres de talento para adivinar los misterios del amor, supo darse cuenta de aquellas cuitas.

Nunca se llegaron a hablar, pero cada vez que el sacerdote de ayer, el obispo de hoy, ocupa el púlpito, doña Isabel se llega sola, triste, con profunda melancolía en los ojos... El día en que el Obispo había terminado una novela breve, con un título mundano, llegó a besarle la mano, recatada, y sin levantar los ojos del suelo, doña Isabel de Mendieta.

En la soledad de su celda, el obispo Carrillo se enjugó una lágrima, borró el nombre de la novela y puso con letra temblorosa: *Welina*.

Los amigos aquellos, capaces de poner en burlas y chacota las cosas de la fe, descubriéronse al pasar junto a la calesa que todavía guardaba entre sus almohadas de raso el hueco en que se sentara tan noble dama.

Los fieles pasaban en un comentario:

—¡Qué bien habló hoy el señor Obispo! ¡Se le llenaron los ojos de lágrimas!

